

EMBELLECIMIENTOS DE MARSELLA. — La Catedral.

El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuacion.)

La Cisne al oír esta amenaza se estremeció de pavor, lo que era de malísimo presagio para su corazón leal y previsorio. Y tanto fué su miedo, que no se atrevió á preguntar qué remedio sería aquel. Mas la Daifa continuó diciéndole:

— Mira: hay una cosa de rara virtud para quitar los escrupulillos á una gatita como tú. A mí me lo aplicaron, y por cierto que me aprovechó tanto, que el día de hoy casi le debo toda mi buena carrera. Ven pues, con mucha docilidad, que ya sabrás cuál es. ¿Y sollozas por eso no mas, eh? No importa: caminemos mas aprisa, que ese cansancio no es otra cosa que la manía de los remilgos, que ahora se acabará para siempre. Sí, ya casi llegamos, no tengas cuidado. ¿Sabes lo que voy á hacer, muchacha melindrosa? Mira, voy á azotarte, hasta que te deje las espaldas como una escarlata.

— ¡Jesus! ¡qué horror! exclamó la infeliz jóven. Es usted capaz de hacerlo; y no hay quien me defienda á mí...

— ¿Y por qué no he de hacerlo? ¿es esta la primera vez que hago una buena accion? Camina, camina aprisa, que llevo hambre de dar látigo. Ya verás de aquí á dos horas qué diferente te encuentras. Hasta hoy te he tratado con miramiento, porque he sido un animal, y esperaba que despues, mirándome como tu protectora, procurases recompensarme; pero este miramiento solo ha servido para que con mas empeño las echas de dama honrada.

La Cisne no entendia lo que oía, ni sabia por dónde iba: habia casi perdido los sentidos, y solo queria gritar; pero al hacerlo sentia que un pellizco en el brazo que le tenia cogido la Daifa, le imponia silencio. El desamparo en que se veía, la intimacion de que iban á azotarla, la imposibilidad de escapar, todo la angustiaba en extremo. ¿Cómo podria, despues de semejante oprobio, elevarse su corazón y congratularse todavia de su nobleza?

Aquel momento en que iba á ser objeto de la ignominia mas degradante, humillaba ese otro momento feliz en que el corazón satisfecho osó elevarse arrogante hasta la altura del heroísmo y la grandeza.

Preveía que el látigo habia de enmudecer ese eco de delicadeza y generosidad que hace la naturaleza en todo corazón, y obrar un cambio espantoso familiarizando el alma con la humillacion y la vileza; mas, ¿qué esperanza? Morir para evitar el insulto. Pero ¿cómo morir? ¿qué la mataba? La vergüenza... Sin embargo, la vergüenza mata despacio; y allí era menester morir aprisa.

Así llegaron por fin á la infernal casa en que el azote debia marehitar ese arbusto de la virtud. Allí no habia á la sazón otra persona que un idiota sordo-mudo que estaba sentado en el patio calentándose al sol. Este hombre, que se llamaba Juan Cancio, á pesar de no ser mas que un insensato, era bien vigoroso; de modo que la Daifa iba con el proyecto de que le ayudase en la horrible accion que pensaba ejecutar con la Cisne.

Juan Cancio, al verla llegar, empezó á reír haciendo con la garganta un ruido ronco y continuado, y dejando ver dos filas de dientes anchos, al favor de la abertura de medio palmo con que se desplegó su horrible boca, al recogerse por la risa, como á manera de fuelle, sus amarillentas megillas. Despues se paró poniéndose para ello primero en cuatro piés, y en seguida marchó con lentitud y como si á cada paso quisiera hundir la tapa de algun subterráneo, y salió al encuentro de la Daifa sin dejar de reír, con los brazos colgando y el cuerpo inclinado hácia adelante.

Era muy enano, y la ropa que vestia, que nunca habia sido cortada para su estatura, sino regularmente para la de su tío el Mordedor, mucho mas alto que él, lo envolvía completamente, haciéndolo de una figura en extremo ridícula y burlesca.

La Daifa, sin soltar el brazo de la Cisne, hizo á Juan Cancio una seña con la mano, sacudiéndola de modo que el dedo índice golpeara sobre los otros que tenia unidos por la punta. El comprendió perfectamente que se trataba de un castigo, y como con la cabeza se le habia señalado á la Cisne, no le quedó duda de que esta, cuyo llanto lo anunciaba muy bien, era la víctima que debia sufrirlo.

La Daifa gustaba mucho de azotar, de lo que Juan Cancio era buen testigo; así que los utensilios de la vaulacion estaban en aquella casa siempre á la mano y manchados de sangre.

Entre Juan Cancio y la Daifa fué atada la Cisne al tronco de un árbol seco que habia en un rincón del patio y al cual ataban los caballos el Mordedor y sus compañeros, cuando querian tenerlos prontos para alguna fuga.

En seguida la Daifa dejó allí á Juan Cancio, se fué á correr los palos que cerraban las diferentes entradas de la posesion, á alguna distancia de la chozas, que rodeadas de arbolocos, sauces y alisos, quedaban escondidas perfectamente como en el fondo de un bosque plantado en un terreno escabroso.

No muy pronto terminó esta operacion, porque habia cuatro puertas distintas que era indispensable cerrar así, para que no hubiese riesgo de que algun importuno viniera á interrumpirla, lo que no podia suceder si por cada senda se llegaba á una cerca que no era lícito violar.

Hecho esto, volvió donde su víctima y le dijo:

— Ahora sí, bien mío, de nada servirán tus gritos; y de aquí á una hora, que no es mucho, calculo que estarás mas blanda que una seda, y que los remilgos se habrán acabado.

Al concluir estas palabras, ya se iba encaminando á una de las chozas que formaban el patio, de la que salió un momento despues armada de dos látigos ordinarios y gruesos que venia doblando con las manos, como para docilitarlos, mirándolos por las extremidades, á fin de ver si estaban en disposicion de no abandonarla en la larga tarea durante la cual tenia que servirse de ellos.

Juan Cancio enfrente de la Cisne estaba gravemente asustado y mas pálido que siempre: no apartaba los ojos un instante de la cara y de las manos de la Daifa, á la que seguía en todos sus movimientos, para estar pronto á obedecer á la menor seña en cualquiera cosa que se le mandase.

No contenta esta mujer con la barbaridad de su accion, iba á añadirle el oprobio mas horrendo y el insulto mas humillante, á cuyo fin puso en manos de Juan Cancio uno de los dos látigos, haciendo una seña con que le ordenaba ayudase á azotar á la Cisne para gastar así menos tiempo.

Juan Cancio tomó su látigo con ambas manos, y sin dejar de mirar á la Daifa, se acercó mas á la Cisne, esperando que aquella descargase el primer golpe, para descargar él en seguida los que le correspondian, y continuar así dando por su órden el mismo número de golpes que diese aquella.

La Cisne, desde que vió á la Daifa armada con los látigos y se encontró sola entre sus dos verdugos, sin esperanza alguna de socorro, redobló sus gritos pidiéndole á veces humildemente perdon, á veces enrostrándole indignada la barbaridad de un hecho tan atroz, ya suplicándole se cambiase aquel martirio en un asesinato que ella perdonaria con gusto, ya amenazándola con la venganza del cielo y de la tierra.

— Nada triunfará, decia, de mi última resolucion, y es en vano ese delito que van á cometer: me arrastrarán al suplicio, pero yo llegaré inocente... Mucho me ha combatido la desgracia, mas hoy mismo he jurado desafiarte... ¡Ah, pobre padre mío! Si vieras que van á azotar á tu hija que tanto querias, y á la que jamás creiste justo castigar... ¡No, no hay quien me defienda!... ¡Dios mío! ¿quién puede socorrerme?

— Yo, gritó entonces el doctor Témis, presentándose en el patio de la casa.

Era tan respetable este hombre, que la Daifa, no obstante su insolencia habitual, se quedó con el látigo levantado, mientras Juan Cancio, volviéndose hácia el doctor Témis, lo recibia con su simpiterna risa, haciéndole mil cortesías y tocándose el sombrero con suma lentitud.

La Cisne, atada al tronco, fijó en el doctor Témis sus bellos ojos llenos de lágrimas, tratando de reconocer, á pesar de ellas, al hombre generoso que la salvaba; y él, que en virtud de su penetracion habia ya leído, en casa del señor Osman, el corazón de esta jóven, experimentó entonces ese encanto inefable que debe causar la efusion de un profundo reconocimiento, expresado bajo un velo de lágrimas, por los languidos ojos de una mujer inocente y desgraciada.

El doctor Témis, con motivo de la carta de Monterilla, se habia indignado tanto, que resolvió no omitir recurso alguno, no solamente para que el Mordedor fuese juzgado y condenado, sino tambien para lograr que el ladrón todavia oculto que habia acompañado á aquél, fuese descubierto y sufriera igualmente el castigo de su crimen.

Con este fin fué que salió, poco despues que la Cisne, de la casa del señor Osman, y se detuvo en el altozano mientras ella continuaba su camino.

Por medio del arbitrio de seguirla, esperaba guiarse fácilmente hasta la guarida de los ladrones, puesto que la necesidad en que ella decia encontrarse de obedecer al Mordedor, era indicio seguro de que le estaba sometida, lo que no podia provenir sino de hallarse á su servidumbre.

Mas él disimulaba su objeto, porque temia no se lograsen sus miras, y queria evitar la pena de que se burlasen tambien de él, viéndolo abandonado por una empresa que consideraba harto difícil, á lo menos en la parte relativa á la pesquisa del ladrón oculto.

El doctor Témis vió pues que la Daifa se llevaba á la Cisne, y pudo seguirlas á una distancia conveniente para no ser notado, hasta que ellas se internaron en la plazuela de Egipto, donde no pudiendo verlas mas, aceleró su marcha para disminuir la distancia que le habian ganado, y llegar á aquel sitio en ocasion en que pudiese todavia encontrar algun rostro que lo encaminara á la guarida que buscaba.

Mas, cuando llegó á la plazuela, nadie parecia, ni él sabia por dónde le convendria internarse, hasta que dirigiéndose á la aventura por lo mas fragoso, alcanzó á oír los gritos de la Cisne, y voló hácia el punto de donde

salian sin respetar cercas ni obstáculo alguno, pues todos los salvaba con suma agilidad.

Fué así como interrumpió á la Daifa y á Juan Cancio en la perpetracion de su delito, bien que aquella consideró desde luego que este testigo no podia hacer mas que retardar un poco su proyecto.

El doctor Témis pidió un vaso de agua, sin preguntar siquiera lo que se trataba de hacer allí; y la Daifa, que era la única que podia servírsela, se entró á la casa para traerla.

Entre tanto el doctor Témis cortó en un instante con el cortaplumas las ligaduras de la Cisne, diciéndole que huiese sin tardanza: ella obedeció, y se fué como una cierva por entre los árboles.

Cuando la Daifa salió con el agua, ya no vió en el tronco mas que los restos tajados de la sogá que sujetaba á la víctima. Entonces, sin detenerse en reconvenir al doctor Témis, puso el vaso en el suelo y se lanzó á carrera por el mismo lado por donde habia huido la Cisne; pero el doctor Témis la detuvo asiéndola del brazo, no sin tener que luchar fuertemente con ella, que se esforzaba para soltarse, al mismo tiempo que hacia señas á Juan Cancio para que siguiera á la fugitiva.

Este obedeció saliendo con sus pasos bamboleantes lo mas aprisa que pudo. Cuando el doctor Témis juzgó que la Cisne habia ganado bastante terreno, soltó á la Daifa, la que en el acto salió corriendo, atropellando en su celeridad al tonto de Juan Cancio, que tuvo que rodar por los barrancos mientras encontró un árbol que lo atajó.

El doctor Témis no tuvo embarazo en entrarse á la choza única que estaba abierta, en la que observó que por un agujero de la alcoba habia una salida que resguardaban los matorrales, viéndose desde el agujero una hondonada despues de la cual alcanzaban á divisarse varias senditas profundas que conducian á algunas cuevas que estaban abiertas en diferentes puntos de la colina.

No juzgó por entonces oportuno descubrir mas para persuadirse de que aquella era la guarida de los criminales, y se retiró á tiempo que la Daifa, pensando seguramente que habia cometido una indiscrecion en dejar solo aquel señor, se volvía sin la Cisne, que habia desaparecido como una exhalacion.

El doctor Témis tomaba el agua que habia pedido, cuando llegó la Daifa, y por tanto, devolviéndole el vaso, se despidió.

Algunos momentos despues se vieron en el átrio de Egipto, sentados en uno de los poyos que hay á cada lado de la puerta de la ermita, al doctor Témis y á Juan Cancio, que estaban en comunicacion seguramente sobre alguna cosa muy importante, si se juzga por las continuas señas que con la cabeza y manos hacia cada uno de los dos.

Entre tanto la Cisne, que agotando sus fuerzas habia corrido como un céfiro, llegó al boqueron del arroyo de San Francisco, donde sentándose rendida de cansancio, entre el matorral á la orilla de la corriente, se quedó dormida pocos instantes despues.

XIV.

BACILIZA.

Cuando el doctor Témis bajó de Egipto encontró en la plaza á don Juan muy afanado buscando á Monterilla, quien á pesar de haber ofrecido para ese día la libertad de Santiago, nada habia hecho que manifestase interés de llevar á cabo su oferta, y el preso se hallaba todavia en la cárcel sin haber vuelto á ver á su defensor, del que solo sabia don Juan que algunos momentos antes habia entrado á la cárcel y recibido del Mordedor una carta, que seguramente era la misma del doctor Témis, y con la cual habia vuelto á salir muy de prisa sin ver á Santiago ni volver á aparecer por allí.

Don Juan manifestó al doctor Témis, yéndose juntos para sus respectivas casas, el temor que le sobresaltaba de que aquella carta hubiese inducido acaso una novedad funesta en la prision de su amigo, la que hasta entonces lejos de ser objeto de algun acto favorable, solo iba siéndolo de una multitud de incidencias que le daban ya un aspecto delicado.

El doctor Témis trató de tranquilizarlo sobre este asunto, dándole esperanzas de que esa tarde quizá Monterilla llevaria á efecto su promesa; lo que don Juan se resistia á concebir, creyendo imposible que en tan breve rato hiciese la defensa y lograse el resultado, por muy hábil que fuese verdaderamente semejante defensor.

Con todo, aquella tarde volvió á la cárcel; mas Monterilla no parecia, y como una cosa rara, no se le vió tampoco ni en la plaza ni por parte alguna. Santiago estaba desesperado creyéndose el juguete de un engaño que por desgracia habia pagado ya, satisfaciendo de antemano al defensor el precio de su trabajo: pasar todavia en la cárcel otra noche mas, era para él un horrible pensamiento con el que de ningun modo podia transigir.

Para mayor conflicto, el día siguiente era el que tenia señalado para irse precisamente con don Juan á las fiestas; y lo que aun era peor, ese mismo día debian salir tambien de Bogotá con igual destino, unas cuantas familias, entre las cuales, sabia por don Juan que iba tambien Baciliza. Santiago, como se ha visto, hacia días se sentia profundamente enamorado de esta jóven en la que pensaba sin cesar en su prision, y habia concebido la esperanza que hasta entonces lo tenia contento, de que haciendo al mismo tiempo que ella el viaje á su

tierra, iba á aprovechar una ocasion hermosa para emprender bajo auspicios muy lisonjeros esa carrera de esperanzas que los negros ojos de Baciliza le habian señalado.

Pero ya todo era imposible; estaba cortada esa carrera por los muros de una prision que Santiago se entretenia en maldecir y en mirar con una expresion amarga y vengativa. Aunque saliese de la cárcel el día siguiente, y aun cuando saliese muy temprano, lo que no era razonable imaginar, ya no podría irse con Baciliza, pues aun no habia hecho las compras indispensables y urgentes que formaban casi el principal objeto de su venida. Además ¿quién le aseguraba que su prision no se fuese prolongando día por día, y que entre tanto pasando las fiestas que ya estaban muy próximas, no quedase burlado en todas sus ilusiones? Monterilla en aquella mañana habia tenido tiempo suficiente para obrar en una defensa, que segun anunciaba, iba á verificar con tanta rapidez: sin embargo, nada habia hecho en todo el día; luego no era mas que un charlatan que se atrevia á prometer una cosa que ó no podia tal vez lograr, ó no tenia por lo menos intencion de cumplir.

Santiago se engañaba en tales juicios; nada de eso era por cierto. No habia mas, sino que Monterilla desde el principio se propuso no complacerlo tan pronto, en parte por vengarse de él haciéndole expiar con seis horas mas de cárcel la desconfianza ofensiva que le manifestó no queriendo encomendarle desde luego la defensa; y en parte porque no se creyera haber sido muy fácil conseguirle la libertad, pues entonces podia quedar defraudado el defensor de mucha de la gloria que se prometia en aquella causa. Monterilla, como todos los hombres pequeños, si llegaba á hacer el bien, aunque fuese por un vil interés, no quedaba contento si no lo hacia contrastar sombreándolo con una pincelada de mal ó con un rasgo de egoismo en que se proponia el mayor derecho á la gratitud del favorecido, ó á la jactancia exagerada de la propia vanidad.

La intencion, pues, de Monterilla al principio de su encargo, solo se limitaba á prorogar hasta por la tarde de aquel día la prision de Santiago; mas habiendo recibido esa mañana la carta escrita por el doctor Témis, ya le fué preciso consagrar la tarde al asunto del Mordedor, y á los arreglos y preparativos de una guerra en que no habia pensado y que contra todos sus cálculos ya estaba declarada: por eso fué que esa tarde no se le pudo hallar en la plaza ni en ningun otro de los puntos de la ciudad que frecuentaba.

Don Juan en la prision de Santiago trataba de consolarlo, ya anunciándole que veria á Baciliza en las fiestas, que bailaria con ella, y tendria en abundancia oportunidad para insinuarse en su corazon; ya asegurándole que al día siguiente pareceria Monterilla y le conseguiria la libertad que le habia ofrecido.

Mas todo esto era inútil: Santiago con nada quedaba contento, si no se iba con Baciliza; y era esa una idea que no podia de ningun modo serle reemplazada con otra que compensase la ilusion lisonjera de que se veia defraudado.

Por último, le ocurrió á don Juan decirle para aliviarlo, que si queria, él mismo podia ir esa noche donde Baciliza, con el objeto de interesar á la familia, bajo cualquier pretexto, para que demorase su viaje hasta el día en que ellos pudiesen irse tambien. Súbito fué entonces el cambio de Santiago, quien con manifestaciones de extraordinaria alegría, dió las gracias á don Juan, como si este servicio fuera el mas importante que su amistad podia prestarle, lo que hasta cierto punto era indudable para este que no ignoraba quedaria su amigo con tal esperanza, descargado por entonces de casi todas las penalidades de su cárcel.

Santiago comenzó luego á mostrarse ansioso de que don Juan se fuese, porque siendo ya algo tarde, creia que podia pasarse la noche sin hacer la importante diligencia de detener á Baciliza.

Asomándose pues cada rato al balcon, repetia de tiempo en tiempo que ya era muy tarde, que ya estaba oscuro, que llegaba la noche, que era preciso ir donde Baciliza, y que debia tenerse en cuenta por don Juan la demora que le ocasionaria el ir á refrescar para volver á salir.

Don Juan daba mucha importancia á aquella impaciencia, porque no ignoraba que esa especie de amorcillos bufos, como él los llamaba, y cuyas heroínas han tomado en Bogotá la denominacion de coquetas, intranquilizan tanto á un bisono, como pueden intranquilizar unos amores sentimentales. Así fué que por último resolvió irse, para estar temprano esa noche en casa de Baciliza.

En efecto, á las siete y media se presentó allí don Juan, con ánimo de desempeñar no muy gravemente su pueril mision.

Baciliza estaba sentada en el suelo hácia un rincon del cuarto de costura, que era donde en aquella casa se recibian las visitas nocturnas: acompañábanla dos amiguitas suyas, cofrades del mismo instituto galante, y le ayudaban á coser el traje de montar para el día siguiente.

La pieza se veia un poco oscura cuando llegó don Juan, porque estando la luz tambien en el suelo, la sombra de las tres damas que la circundaban se anchaba y prolongaba demasiado por el pavimento y las paredes, hasta ir á doblarse en el techo, eclipsando así la única luz que podia iluminar el aposento.

Don Juan saludó á aquella especie de corrillo arabio, sin poder distinguir de pronto las turquesas que lo componian; y ellas, por su parte, alzando la cabeza y mi-

rando al que entraba, nada pudieron distinguir, porque tenian los ojos encandilados, y la sombra de sus propios cuerpos cubria enteramente el de don Juan.

Este estaba muy acostumbrado á semejantes situaciones; y por tanto, bien lejos de cortarse, se quitó la capa, y poniéndola doblada junto á Baciliza, se sentó igualmente en el suelo, pues no ignoraba cuanto los modales francos y divertidos gustan á todo el instituto del amor bufo, del que en la parte masculina él habia sido miembro integrante en su juventud, y era todavía curioso espectador.

La actitud de don Juan contribuia no poco, segun puede inferirse, á dar á la escena un timbre peculiar. Así que tomando algunos recortes de género que encontraba á la mano, los envolvia y arrojaba suavemente, pero en turno riguroso, á sus interlocutores, que joviales y festivos correspondian del mismo modo al ofensor.

En igual turno paseaba sus miradas afectuosas por aquel grupo, en el cual siempre encontraba con algun par de ojos risueños que se clavaban en él sin piedad, fascinándolo de modo que poco á poco iban haciéndole olvidar el objeto de su visita.

Sin embargo, bien pronto se lo recordó el ver entrar al aposento una mujer que venia de la calle con un cesto cargado y una petaca en la mano, al mismo tiempo que se presentó tambien don Sandalio, uno de los amantes de Baciliza, y segun la opinion de los otros, el mas verdaderamente apasionado y el menos correspondido.

Fácilmente adivinó don Juan que allí venia el bizcocho de camino que debia llevar Baciliza, y del que era muy probable le tocase alguna parte á don Sandalio, que parecia haber sido el encargado de este preparativo, segun la cuenta que dió de él, haciendo descargar el canasto. Igualmente adivinó que en la petaca venia el chocolate de posada, del que siguiendo su distribucion mental, destinó para Santiago y para él un par de jecarillas.

Este incidente pues le trajo á la memoria los intereses de Santiago; y volviéndose por tanto hácia Baciliza:

— Espero de Vd., le dijo en voz baja, una condescendencia: me ha enviado aquí un amigo precisamente con el objeto de hacer que Vds. demoren su viaje hasta de aquí á dos dias.

— ¡Imposible! dijo Baciliza; porque tengo tanto deseo de que nos vayamos, que esta noche voy á dormir como si la cama fuera al paso.

— Mejor sería que Vd. gozase de ese placer dos noches, deteniéndose hasta pasado mañana.

— Ya lo he gozado unas cuantas, y es muy difícil demorar su realidad por mas tiempo.

— No será muy difícil, dijo don Juan, si se tienen en cuenta los que Vd. llama intereses del corazon.

— Ya los he tenido en cuenta, respondió Baciliza.

— Quiero decir, replicó don Juan, los intereses del corazon de ese amigo...

— ¿Quién es ese amigo? interrumpió Baciliza.

— Santiago, á quien Vd. ha visto en la cárcel.

— ¿En la cárcel?... No, yo allí no he visto á nadie.

— Pero él me ha dicho que Vd. lo miró.

— Mira una á tantos hombres...

— Me ha dicho tambien que Vd. lo volvió á mirar.

— Vuelve una á mirar á tantos...

— Me dijo además que Vd. habia sonreido con él.

— Sonríe una á veces con tantos...

— Sin embargo, dijo don Juan, es un jóven muy buen mozo, y que puede ser amante de provecho, porque no ha podido resistir á esas miradas *esperanzantes*, á esos ojos que como dos *esquelitas luminosas* hacen en la mayor parte de los hombres una impresion que los enloquece. Con que así... un sacrificio, y aguárdese usted hasta pasado mañana.

— ¿Por eso no mas? dijo Baciliza muy satisfecha, pues que siendo su lenguaje bastante limitado no alcanzaba á comprender bien el sentido de aquellas palabras picarescas de don Juan, las que ella con mucha sencillez no interpretaba sino por una lisonja dirigida á sus bellos ojos. ¿Con que por eso no mas, repitió, habré de demorar mi viaje?

— ¿Y le parece á Vd. poco?

— ¿Y si otros exigen que me vaya mañana?...

— Eso no importa: lo nuevo vale siempre mas que lo viejo.

Aquí la conversacion fué interrumpida por doña Leoncia, que vino á ver el bizcocho, dejando la cocina donde estaba disponiendo á su vez algunas viandas de camino y de posada. No quiso don Juan perder el momento en que se presentó doña Leoncia, y que segun las circunstancias, inferia pudiera ser muy rápido. Así fué que desde luego le dijo cuando ella le preguntó qué milagro era verlo:

— Mi señora: este milagro no lo hago yo, sino que lo hace Santiago.

— ¿Está Vd. loco, preguntó doña Leoncia?

— No, señora, respondió don Juan: es Santiago el que está loco.

— Explíquese Vd., por Dios, dijo Baciliza; pues aunque Santiago es santo de mi devocion, no creo que ese santo esté como los hombres dicen, coqueteando conmigo.

— Y furiosamente, dijo don Juan.

— No sea Vd. burlon, repuso doña Leoncia: explíquese aprisa, porque ya me voy.

— Es muy fácil: deseo seriamente acompañar á ustedes en el viaje á las fiestas; pero no es posible que me vaya mañana, porque Santiago, un amigo mio, que quiere acompañarlas igualmente, no puede irse hasta de aquí á dos dias.

— Es imposible esa detencion, dijo doña Leoncia;

porque Baciliza ha consentido ya en que nos vamos mañana, y será preciso irnos.

Mientras acordaban don Juan y doña Leoncia lo que conviniera hacer, Baciliza se paró riéndose muy fuertemente, y se fué corriendo para la despensa con las otras dos, invitadas por una seña en que les indicaba tener que hablarles en secreto.

— Miren Vds. qué afortunada soy, decia Baciliza en la despensa: ya saben que yo estaba muy deseosa de tener un amante *de camino*, porque don Sandalio cuando mas es bueno para amante de posada.

— Es cierto, decia Inés (una de las compañeras), pero tal vez será feo ese amante de camino.

— Poco importa, repuso Mariquita, con tal que sepa ensillar.

— ¿Pues no ha de saber, si es campesino? replicó Baciliza.

— Esos son los buenos para amantes de camino, contestó Inés, y desde ahora te ruego me lo prestes, bien que temo me parezca algo feo.

— No digas eso, Inés; mas feos son los amantes de posada; por lo menos el que yo llevo para este viaje.

— ¿Don Sandalio? preguntó Mariquita.

— Sí: yo no lo puedo ver, con esa su figura tan simple.

— Pero ya sabes que tambien van á las fiestas, el que llamas tu amante de paseo, así como el de baile, y á fe que estos si son lindos, y puedes hacerlos en caso de necesidad los primeros amantes de posada, como pienso hacerlo yo igualmente.

— ¿Tú tambien?

— Sí.

— Allá veremos, dijo Baciliza; pero ahora lo que quiero es que todas vamos á procurar que mi madre convenga en que nos aguardemos hasta cuando quiera don Juan.

— ¿Y si le dan celos á don Sandalio?

— Yo los evitaré sentándome ahora junto de él, y diciéndole algunas cosas.

Con esto las señoritas partieron á carrera otra vez y entraron en el aposento á tiempo que doña Leoncia repetia:

— Es imposible, señor don Juan: todo está ya preparado.

— No todo, replicó Inés, faltan todavía algunos utensilios de camino y de posada, segun dice Baciliza.

— No falta nada, opuso doña Leoncia: solamente un velillo; pero ese puede conseguirnoslo don Juan, si tiene la bondad de querer prestarnos este servicio.

— Pero ha de ser muy bonito, dijo Baciliza; y que pueda servir á un tiempo de velillo *de camino* y de corbata *de posada*.

— Faltan tambien, dijo Inés, unos guantes *de camino*, y otros de cabritilla *para posada*.

— Don Juan nos los proporcionará, repuso doña Leoncia, porque yo no he podido encontrarlos, y siempre pensé valerme de él para este servicio.

— Mas yo no puedo, dijo don Juan, buscar esas cosas hasta de aquí á dos dias; de manera que Vds. tendrán la bondad de detenerse como se lo he suplicado.

— Esperémoslos entonces, dijo Baciliza, para que así podamos integrar mejor el avío.

— Si tú lo quieres, repuso doña Leoncia, ya eso es diferente.

— Sí lo quiero así, porque me faltan todavía muchas prevenciones *de camino*, sin las cuales yo no puedo ir contenta.

Entonces sonaron por el corredor como unas hebillas que se arrastraban, lo que hizo inferir á don Juan que ahí venia el galápago para Baciliza, el que sin duda traian prestado de casa de alguna de sus amigas, y cuyos atavíos, probablemente incompletos, como mueble del instituto, previó no le tocase integrar, con cuyo motivo se levantó para irse muy satisfecho de haber conseguido tan buen éxito en su comision, y pensando lo satisfecho que quedaria igualmente Santiago de salir de su prision para ir á ocupar el rango de *amante de camino*; gerarquía que creyó de justicia hacerle pagar con el velillo y los guantes, á cuyo fin iba á trasladar en él todos los encargos de doña Leoncia.

Mas cuando estaba despidiéndose, se presentó don Félix, el hermano de Baciliza.

— No se vaya Vd., don Juan, le dijo á este, hasta que no me informe de lo que haya pasado, pues deseo saberlo.

— No ha pasado mas, sino que el viaje se demorará hasta de aquí á dos dias, si Vd. no se opone á ello.

— No hablo de viaje, que poco me importa sea mañana ó mas tarde, sino de lo que ha sucedido en la ciudad.

— Nada sé, dijo don Juan.

— ¡Cómo! ¿Ignora Vd. lo que se dice ha pasado esta tarde?

— Absolutamente nada sé; y esto es que he estado toda la tarde en la plaza buscando á Monterilla.

— Mas ¿qué ha sucedido? preguntó Baciliza.

— Que ya está inhabitable Bogotá, respondió don Félix. ¡Qué tiempo! No cesan de cometer delitos, y por donde quiera que uno anda, solo se habla de una crónica espantosa: asesinatos, robos, violencias...

— ¿Pero qué ha sucedido? preguntó doña Leoncia.

— Pues que se dice haberse perpetrado esta tarde ó esta noche un asesinato, ó por lo menos un suicidio, pues no aciertan á decir qué sea en efecto, sabiéndose únicamente que una persona ha muerto.

— ¿Qué ha muerto? ¿quién? dijo don Juan.

— No se sabe todavía de un modo cierto, contestó don Félix.



PARIS. — Circo galo-romano descubierto en la apertura de la calle Monge.

— ¿Y en dónde ha sucedido eso? preguntó Baciliza.
 — Se cree, dijo don Félix, que en el boqueron de San Francisco.

— ¿Ahora? preguntó admirada doña Leoncia.
 — Ahora poco, repuso don Félix. Yo estaba en la cárcel visitando á mi tío, y cuando salía, ví en la puerta á los soldados de la guardia y á los agentes de la policía conversando sobre un hecho que decían haber sucedido esta tarde, poco despues de las seis en el boqueron. Pregunté, porque estoy en esta época tan alarmado, que por donde quiera que voy me imagino estar presenciando alguna novedad.

— ¿Cómo le refirieron á Vd. el suceso? preguntó don Juan.

— Me dijeron que hoy á la una del día, muchas de las lavanderas que están siempre á orillas del arroyo de San Francisco, habían visto subir hácia el boqueron una muchacha que corria con la mayor celeridad, y como si huyera de alguien que la perseguía; no hicieron caso; ella se internó por esas sendas tortuosas, y no volvieron á verla mas. Pero esta tarde, como á eso de las seis, una de ellas vió venir por el rio los restos de un vestido: los alcanzó y observó por el color, por el género y por todas las señas que tenian, que era precisamente el mismo de la jóven que al medio día había subido huyendo, y que nadie volvió á ver bajar. Entonces esta lavandera llamando á algunas de sus compañeras que estaban aun en la orilla del rio, les participó sus sospechas, y todas convinieron en que eran fundadas, puesto que ninguna había visto volver á la jóven fugitiva. Tanta fuerza tuvieron las conjeturas, que una de aquellas mujeres vino á dar parte á la policía, la que inmediatamente subió al boqueron á buscar á la jóven que se supone ahogada ó asesinada, pero nada encontraron. Hé aquí lo único que se sabe hasta ahora.

(Se continuará.)

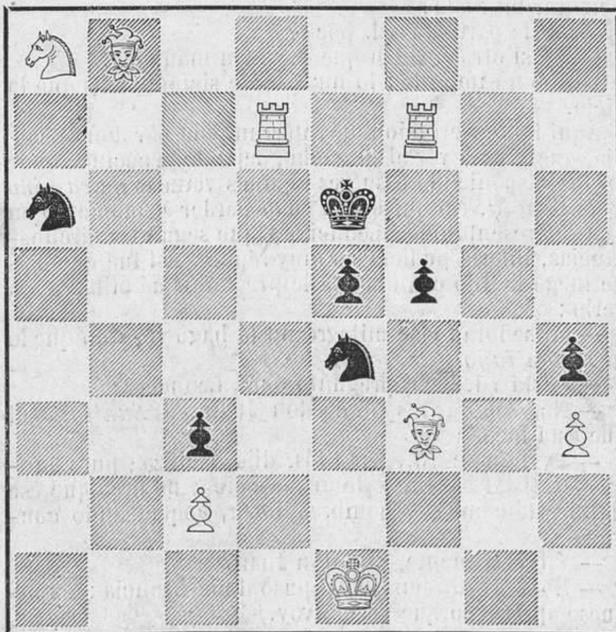
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 309.

- 1 R^a 1^a R P 6^a R
- 2 R^a toma P jaque A cubre
- 3 C 3^a A jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 310, POR M. HARMAND DEMASURE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

primeros siglos de la conquista romana, sin duda á la época en que para fomentar el elemento romano, Roma enviaba numerosas colonias á la Galia; en que el suelo con maravillosa rapidez, se cubria de teatros, de acueductos como el de Arcueil y como el puente de Gard, de arcos de triunfo como los de Orange, Carpentras, Aix, Cavaillon, Autun y de Saintes, de templos como el de Augusto y de Livia en Vienne, de circos como las arenas de Nimes, que son de la segunda mitad del siglo II, de termas como las de Frejus, de Saintes y de Paris que, gracias á su posición á igual distancia de la Germania y la Gran Bretaña, fué residencia de los Césares encargados de vigilar aquellas dos fronteras.

Los restos de que tratamos se encuentran á la izquierda despues de haber dejado la calle de las Escuelas y siguiendo el trazado de la nueva via, á corta distancia de la calle Neuve-Saint-Etienne.

Cada cual contemplando esos restos puede construir por el pensamiento aquellos formidables monumentos en donde los antiguos asistian en dias determinados al espectáculo de los gladiadores que caian con gracia y de los mártires que morian resignados. Levantemos sobre sus bases las columnas del podium reservado á los senadores y á los personajes distinguidos; sobre el podium tracemos las galerías que ocupaban los caballeros y luego el pueblo, y finalmente los esclavos. Por último, para completar el espectáculo figurémonos la arena con sus antiguos combatientes, aquellas fieras, tigres y leones, cuyos saltos furiosos hicieron palidecer mas de una vez á los espectadores del podium, no obstante la elevación de los muros.

Sin embargo, no se crea que vamos á encontrar en la calle Monge ni la décima parte de todo eso: mas decimos, el que no tenga ninguna idea de lo que eran los anfiteatros romanos, es inútil que se incomode para visitar esos restos, que en suma, se reducen á lo siguiente: dos fragmentos de muros paralelos, distantes 2 metros uno de otro, y de cuyas extremidades parten á la derecha y á la izquierda, dos trozos de arco de círculo, y eso es todo. Sin duda estaba ahí la arena. El espacio comprendido entre los dos muros paralelos, podia ser un pasaje, á menos que no fuese alguna de aquellas jaulas en donde encerraban á las fieras de combate. *Adhuc sub iudice lis est.* Pero es posible que la duda no se aclare nunca; pues como cada dia se llevan una parte de esos restos, faltarán las pruebas.

C. P.

Circo galo-romano descubierto en Paris.

Al ejecutar las obras necesarias para concluir la apertura de la calle Monge en Paris, se acaba de hacer un descubrimiento muy importante, cual es el de los restos de un anfiteatro cuya construccion debe remontar á los